

WALLENSTEIN.—¿Hállase entre ellos Piccolomini?

TERZKY.—Lo buscan, y en ninguna parte lo encuentran

WALLENSTEIN.—¿Qué ha dicho el ayudante?

TERZKY.—Viene en nombre de mis soldados para asegurarte de su fidelidad, y para decirte que, llenos de ardor bélico, sólo esperan la señal del combate.

WALLENSTEIN.—¿Pero cómo se ha suscitado este tumulto en el campamento? Convendría haber tenido el ejército tranquilo, hasta que la fortuna se hubiera declarado á nuestro favor en Praga.

TERZKY.—¡Ojalá que me hubieses creído! Aun ayer noche te conjuramos que no dejases salir á Octavio, á esa víbora, de las puertas de la ciudad, y le diste tu mismo caballo para que se escapara.

WALLENSTEIN.—¡La canción de siempre! Por última vez os digo que no me habléis más de tan locas sospechas.

TERZKY.—También te fiaste de Isolani, y es el primero que nos abandona.

WALLENSTEIN.—Ayer mismo lo saqué de la miseria. ¡Vaya con Dios! La gratitud no ha entrado nunca en mis cálculos.

TERZKY.—Así son todos, sin que haya entre ellos diferencia.

WALLENSTEIN.—Y, al dejarme, ¿falta á la razón? Rinde culto al dios, á quien ha honrado toda su vida en la mesa del juego. Su compromiso era con mi fortuna, y la abandona, no á mí. ¿Qué era yo para él, y él para mí? Yo era sólo el bajel, en donde había embarcado sus esperanzas, y en el cual navegaba alegre por el vasto mar; lo ve ahora cerca de los escollos, en peligro inminente, y ligero pone en salvo sus mercancías. Agil como el ave, deja la rama en que hizo su nido, y que le es ya inútil, y sin embargo ningún lazo humano nos unía. ¡Sí, merece ser engañado quien busca corazón en hombres irreflexivos! Las imáge-

nes de la vida están escritas en su tersa frente con rasgos fugitivos; nada se arraiga en el fondo tranquilo de su pecho; la frivolidad agita sólo sus movibles humores, y carece de alma que dé calor á sus entrañas.

TERZKY.—No obstante, de mejor grado me fiaría yo de esas frentes lisas que de las surcadas de profundas arrugas.

ESCENA VIII.

WALLENSTEIN, TERZKY É ILLO, que llega furioso.

ILLO.—¡Traición y motin!

TERZKY.—¡Ah! ¿qué otra cosa hay?

ILLO.—Los soldados de Tiefenbach, al darles yo la orden de desalojar el puesto... ¡bribones sin disciplina!...

TERZKY.—¿Qué?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay, pues?

ILLO.—Han rehusado obedecerme.

TERZKY.—¡Que tiren contra ellos! ¡Oh! Mándalo así.

WALLENSTEIN.—¡Prudencia! ¿Qué han dicho?

ILLO.—Que sólo han de obedecer al teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?... ¿Qué es eso?

ILLO.—Que les ha dejado esta orden, y que se la enseñó antes, de la mano misma del Emperador.

TERZKY.—Del Emperador... ¿Oyes, Príncipe?

ILLO.—Por instigación suya se marcharon ayer los coroneles.

TERZKY.—¿Lo oyes?

ILLO.—También faltan Montecúculi, Caraffa y otros seis generales, á quienes persuadió que lo siguieran. Largo

tiempo hace que guardaba esa orden, escrita por el Emperador, y últimamente se ha puesto de acuerdo con Quesenberg. (Wallenstein se deja caer en una silla, y se tapa el rostro con las manos.)

TERZKY.—¡Ojalá me hubieses creído!

ESCENA IX.

Los mismos.—LA CONDESA.

LA CONDESA.—No puedo... no puedo sufrir más tiempo esta angustia. Decidme, por Dios, qué ha sucedido.

ILLO.— Los regimientos se separan de nosotros. El Conde Piccolomini es un traidor.

LA CONDESA.— ¡Ay! ¡Cómo me lo daba el corazón! (Vase precipitadamente.)

TERZKY.— ¡Si se me hubiese dado crédito! Ya ves cómo mienten las estrellas.

WALLENSTEIN. (Levantándose.) Las estrellas no mienten, sino que esto es contrario al curso de los astros y al destino. El arte es verdadero; pero ese falso corazón ha llevado el engaño y la mentira al cielo de la verdad. Toda profecía se funda en la certeza; pero cuando la naturaleza se aparta de sus leyes, toda ciencia se equivoca. Si fuese superstición lo que me indujera á deshonorar á la naturaleza humana con tales dudas, ¡oh, nunca me avergonzaría de esta debilidad! Hasta en los instintos de los irracionales hay una especie de religión, y el salvaje no bebe con la víctima, cuyo pecho ha de atravesar. ¡Tu acción no es sin disputa heroica, oh Octavio! No es tu prudencia la que ha vencido á la mía, sino tu perverso corazón ha triunfado vergonzosamente del hourado mío. Ningún escudo

me ha resguardado de tu puñal asesino, sino que lo asesinaste sin pudor contra mi pecho indefenso: soy sólo un niño contra tales armas.

ESCENA X.

Los mismos y BUTLER.

TERZKY.—¡Oh! ¡Ved á Butler! Este amigo nos queda.

WALLENSTEIN. (Que sale á su encuentro con los brazos abiertos, y lo abraza cordialmente.) — ¡Vén contra mi corazón, antiguo hermano de armas! Los rayos del sol en la primavera no son tan benéficos como el rostro de un amigo en hora tan aciaga.

BUTLER.—Vengo... mi General...

WALLENSTEIN. (Apoyado en sus hombros.)—¿Lo sabes ya? El viejo Piccolomini me ha vendido al Emperador. ¿Qué dices? Durante treinta años hemos vivido juntos, hemos descansado en el mismo lecho, apurado la misma copa y comido iguales manjares. Me apoyaba en él como ahora en tus hombros leales, y en el momento en que, reboando amistad mi corazón, me confiaba en el suyo, aprovecha la ocasión favorable, y con perfidia y en asechanza me hunde lentamente en el pecho su puñal. (Oculta su rostro en el pecho de Butler.)

BUTLER.—¡Olvidad á ese traidor! Decidme, ¿qué queréis hacer?

WALLENSTEIN.—¡Bien, bien dicho! ¡Vaya con Dios! Todavía me quedan bastantes amigos, ¿no es verdad? La suerte me es propicia aún, porque ahora, ahora justamente, cuando el traidor ha dejado su disfraz, llega á mí un hombre leal. No hablemos de él más. No creáis que me duele

su pérdida. ¡Oh! sólo su engaño me lastima. Amaba y estimaba á los dos, y Maximiliano me quería verdaderamente, y no me ha engañado, ¡no!... Basta, basta ya de esto. ¡Ahora, rápida actividad! El mensajero que el Conde Kinsky me enviará de Praga, ha de llegar de un momento á otro. Sea cual fuere su mensaje, conviene que no caiga en manos de los sediciosos. Así, ordena que salga á su encuentro una persona de confianza, que me lo traiga secretamente. (Illo hace ademán de irse.)

BUTLER. (Deteniéndolo.)—Mi General, ¿á quién esperáis?

WALLENSTEIN.—A un correo, portador de la noticia de lo sucedido en Praga.

BUTLER.—¿Hum!

WALLENSTEIN.—¿Qué tenéis?

BUTLER.—¿Ignoráis, pues...?

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—¿Cómo ha estallado esa sedición en el campamento?

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

BUTLER.—Ese mensajero...

WALLENSTEIN. (Lleno de zozobra.)—¿Bueno!

BUTLER.—Está aquí.

TERZKY É ILLO.—¿Qué está aquí?

WALLENSTEIN.—¿El que yo espero?

BUTLER.—Hace muchas horas.

WALLENSTEIN.—¿Y yo no lo sé?

BUTLER.—El centinela lo detuvo.

ILLO. (Dando con el pie en el suelo.)—¿Condenación!

BUTLER.—La carta ha sido abierta, y ha corrido todo el campamento...

WALLENSTEIN. (Con viva curiosidad.)—¿Sabéis lo que dice?

BUTLER. (Vacilando.)—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡Oh!... ¡Ay de nosotros, Illo! ¡Todo está perdido!

WALLENSTEIN.—No me lo ocultéis. Estoy dispuesto á oír las nuevas más funestas. ¡Praga se ha perdido! ¿Es esto? Confesadlo sin temor.

BUTLER.—¡Sí, se ha perdido! Todas las tropas, que estaban en Budweis, Tabor, Braunau, Königgratz, Brünn y Znaym os han abandonado, han prestado al Emperador nuevo homenaje, y vos mismo, Kinsky, Terzky é Illo, estáis proscritos. (Terzky é Illo manifiestan su horror y su ira, Wallenstein permanece firme y tranquilo.)

WALLENSTEIN. (Después de una pausa.)—A lo hecho ¿qué remedio?... ¡Bueno está!... Pronto me veo libre de los tormentos de la incertidumbre; mi corazón late ya con sosiego, mi inteligencia ha recobrado su claridad. De noche es cuando brillan los astros propicios de Friedlandia. Con indecisión y vacilaciones he desenvainado mi espada, no sin lucha y oposición de mi parte, mientras me veía obligado á elegir mi senda. Ahora manda la necesidad, la duda desaparece, y ahora he de defender mi cabeza y mi vida. (Vase: los demás lo siguen.)

ESCENA XI.

LA CONDESA TERZKY, que viene de los aposentos laterales.

¡No!... ¡No puedo sufrirlo más largo tiempo!... ¿En dónde están? Todo desierto. Me dejan sola... sola en tan terrible angustia... Debo fingir delante de mi hermana, para tranquilizarla, y ocultar todas las torturas de mi pecho desgarrado... y no puedo hacerlo... Si nuestro proyecto se desbarata; si ha de refugiarse entre los suecos con las manos vacías, como un fugitivo, no como aliado poderoso,

y con la fuerza de un ejército adicto... Si nosotros, de pueblo en pueblo, como el palatino, hemos de vagar errantes, deplorable testimonio de la perdida grandeza... ¡no! ¡yo no quiero presenciarlo! Aunque él pueda soportarlo y contemplarse así, yo no, yo no me resigno á verlo en la desgracia.

ESCENA XII.

LA CONDESA, LA DUQUESA, TECLA.

TECLA. (Queriendo contener á la Duquesa.)—¡Oh, madre mía! ¡quedaos aquí!

LA DUQUESA.—¡No! aquí hay un misterio horrible, que me ocultan... ¿Por qué huye de mí mi hermana? ¿Por qué la observo, andando de acá para allá, llena de angustia? ¿Qué significan estas mudas señales que os hacéis á hurtadillas?

TECLA.—No es nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¿De qué sirve guardar más tiempo este secreto? ¿Se puede ocultar? Más pronto ó más tarde ha de conocerlo, y sufrir sus consecuencias. No es esta la ocasión de ceder á flaquezas, sino de hacer alarde de valor y de energía, y de emplear todo nuestro poder para resistirlo. Mejor es, por tanto, que su suerte se decida con una palabra... ¡Os engañan, hermana! Crees que el Duque ha sido depuesto de su mando... el Duque no ha sido depuesto... ha sido...

TECLA. (Acercándose á la Condesa.)—¿Queréis matarla?

LA CONDESA.—El Duque...

TECLA. (Abrazando á su madre.)—¡Animo, oh madre mía!

LA CONDESA.—El Duque se ha rebelado contra el Empe-

rador, ha querido pasarse al enemigo, el ejército le abandona, y le han hecho traición. (La Duquesa, al oírlo, vacila, y cae desmayada en los brazos de su hija.)

La escena cambia: un salón espacioso en la casa del duque de Friedlandia.

ESCENA XIII.

WALLENSTEIN.

(Con su armadura.)—¡Lograste tu propósito, Octavio!... Casi me veo tan abandonado como me vi un día en la Dieta de Ratisbona. No contaba entonces más que conmigo mismo... pero ya sabéis lo que vale un hombre solo... Habéis despojado al tronco de sus galas, y heme aquí sin hojas que me adornen. Pero allá en el fondo de mi alma subsiste la fuerza creadora, que de sí misma hace brotar un mundo. Yo solo, en otra ocasión, valí tanto como un ejército; vuestras tropas se habían desvanecido ante los suecos, y Tilly había sucumbido en el Lech, Tilly, vuestro último sostén. Gustavo, como río que se sale de madre, inundó la Baviera, y el Emperador temblaba, refugiado en su palacio de Viena. No se encontraban soldados, porque el vulgo sigue los caprichos de la fortuna... Entonces se dirigieron las miradas hacia mí, como á su salvador en trance tan amargo. El orgullo del Emperador se humilló ante aquel que había sido antes ofendido en lo más vivo. Hube, pues, de presentarme para pronunciar la palabra decisiva, que había de resolver el conflicto, y reunir hom-

bres en los campamentos vacíos. Y lo hice. Sonó el tambor. Mi nombre, como el del Dios de la guerra, resonó en todas partes. Fueron abandonados los campos y talleres, y la muchedumbre acudió bajo las banderas, pródidas en esperanzas, y ya de antiguo conocidas... Ahora veo que soy el mismo que era entonces. El alma es quien se forma su cuerpo, y el Duque de Friedlandia llenará de tropas su campamento. Atreveos á traer contra mí miles de soldados, que saben vencer al enemigo, no á mí... Cuando la cabeza y los miembros se separen, se demostrará en dónde reside el alma. (Ilo y Terzky entran.) ¡Animo, amigos, ánimo! Aun no estamos en tierra. Los cinco regimientos de Terzky son nuestros, y los valientes soldados de Butler... Mañana se junta con nosotros un ejército de diez y seis mil suecos. No era yo más poderoso cuando, hace nueve años, emprendí la conquista de Alemania para el Emperador.

ESCENA XIV.

Los mismos y NEUMANN, hablando aparte con el conde TERZKY.

TERZKY. (A Neumann.)—¿Qué pretenden?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim quieren hablarte en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN. (A Neumann con prontitud.)—Que entren. (Vase Neumann.) Algo espero de esto. Advertid que dudán, y que conviene ganarlos.

ESCENA XV.

WALLENSTEIN, TERZKY e ILLO.—DIEZ CORACEROS, con su SUBALTERNO al frente, se presentan marchando, se colocan en fila ante el Duque á la voz de mando, y le saludan militarmente.

WALLENSTEIN. (Después de contemplarlos un rato, al Subalterno.)—Te conozco bien. Tú eres de Brujas en Flandes, y tu nombre es Mercy.

EL SUBALTERNO.—Me llamo Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Tú fuiste cortado en una marcha, rodeado de tropas de Hesse, y te abriste paso entre miles de hombres sólo con ciento ochenta.

EL SUBALTERNO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—¿Qué premio dieron á este rasgo de valor?

EL SUBALTERNO.—Lo que solicité, mi General, el honor de servir entre los coraceros.

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á otro.)—Tú estabas entre los voluntarios, que yo hice salir de Altenberg para apoderarse de la batería sueca.

EL SEGUNDO CORACERO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—No me olvido de ninguno con quien habló. Decid lo que pretendéis.

EL SUBALTERNO. (Mandando.)—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á un tercero.)—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL TERCER CORACERO.—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Tú trajiste prisionero al campamento de Nuremberg al coronel sueco Dübald.

EL TERCER CORACERO.—Yo no, mi General.

WALLENSTEIN.—Tienes razón. Fué tu hermano mayor el que lo hizo... Tú tenías otro hermano menor; ¿en dónde está?

EL TERCER CORACERO.—Está en Olmutz, en el ejército del Emperador.

WALLENSTEIN. (Al Subalterno.)—¡Ahora, hablad!

EL SUBALTERNO.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que á nosotros...

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndolo.)—¿Quién os ha elegido?

EL SUBALTERNO.—Cada escuadrón ha elegido por suerte á un representante.

WALLENSTEIN.—Ahora, pues, ¡al grano!

EL SUBALTERNO.—Llegó á nuestras manos una carta del Emperador, en que se nos ordena que no te obedezcamos, porque eres un traidor y enemigo de tu patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL SUBALTERNO.—Nuestros compañeros de Braunau, Budweis, Praga y Olmutz han obedecido ya, y han seguido su ejemplo los regimientos de Tiefenbach y de Toscana... Pero nosotros no creemos que tú seas enemigo de tu patria y traidor, y para nosotros es mentira, é insigne engaño, é invención española. (De corazón.) Tú mismo nos dirás cuál es tu proyecto, porque siempre nos has hablado con sinceridad, nos inspiras la mayor confianza, y ninguna lengua extraña debe interponerse entre un buen general y sus leales soldados.

WALLENSTEIN.—Ya reconozco en vuestra conducta que sois mis bravos hombres de Pappenheim.

EL SUBALTERNO.—Tu regimiento te suplica, pues, que si tu objeto es tan solo conservar este bastón de mando, que te pertenece, que te ha confiado el Emperador, y ser un general fiel al Austria, á tu lado estaremos para protegerte y defender tus derechos contra cualquiera... Y aun-

que te abandonen todos los demás regimientos, solos te seremos leales, y por tí daremos nuestras vidas. Tal es nuestro deber de caballeros, y sucumbir más bien que consentir tu deposición. Pero si es cierto lo que dice la carta del Emperador: si es verdad que tu intentas llevarnos traidoramente al enemigo, de lo cual Dios nos guarde, sí, te abandonaremos y obedeceremos la carta.

WALLENSTEIN.—¡Oid, hijos míos!

EL SUBALTERNO.—Pocas palabras. Dí sí ó no, y quedaremos satisfechos.

WALLENSTEIN.—Escuchadme. Yo sé que sois inteligentes, que discurrís y juzgáis por vosotros mismos, y no seguís á los demás. Por esta razón, como sabéis, os he honrado y distinguido siempre entre todos. La mirada rápida del general sólo cuenta las banderas; no hace caso de las personas; manda con rigor, y sus órdenes son ciegas é inflexibles, y el hombre aquí nada vale para el hombre... Nunca ha sido esta, como os consta, la conducta que he observado con vosotros; tenéis conciencia de lo que valéis en vuestra áspera profesión; en vuestra frente brilla para mí la humana inteligencia, y siempre os he tratado como á hombres libres, y os he dejado el derecho de formular vuestras opiniones...

EL SUBALTERNO.—Sí; siempre nos has tratado con decoro, mi General, nos has honrado con tu confianza, y favorecido más que á los otros regimientos. No seguimos, pues, como observas, el ejemplo de las demás tropas, y queremos serle fieles. Habla sólo una palabra, una sola nos basta; que no hay traición, que no piensas en ella, y que no intentas llevarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡A mí, á mí es á quien venden! El Emperador me ha sacrificado á mis enemigos, y mi caída es segura, si mis valientes soldados no me amparan. De vosotros quiero fiarme... ¡Sea vuestro corazón mi escudo! ¡Mirad!

¡Los tiros van dirigidos contra este pecho, contra esta cabeza blanca!... ¡Esta es la gratitud española, esta, por las sangrientas batallas en las antiguas fortalezas, y en los llanos de Lützen! Para lograr esto hemos ofrecido nuestros pechos á las alabardas, y la tierra cubierta de hielo y las duras piedras nos han servido de lecho y de almohada. Ningún río, por rápida que fuese su corriente; ninguna selva, ni la más impenetrable, nos detenía, y así seguíamos sin descanso á Mansfeld en su tortuosa huida, y nuestra existencia era una marcha continua, y como los remolinos del viento, sin hogar ni patria, recorríamos la tierra asolada por la guerra. Y ahora, cuando hemos prestado estos servicios, ingratos, difíciles y malditos, y que nuestro infatigable brazo ha aliviado el peso de la guerra, ese niño imperial vendrá á concluir una paz fácil, y á adornar sus blondos y juveniles cabellos con la oliva que debe adornar los nuestros.

EL SUBALTERNO.—Esto no debe ser, mientras nosotros podamos impedirlo. Nadie más que tú, que has sostenido con gloria esta guerra terrible, debe terminarla. Tú nos guiaste á los campos ensangrentados de la muerte, y tú, y no otro alguno, ha de guiarnos alegremente á los valles risueños de la paz, y á compartir con nosotros los frutos de tantos y tan largos trabajos...

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿Pensáis quizás que, al fin, en vuestra tardía vejez podréis gozar de esos frutos? No lo creáis. ¡Jamás veréis el término de esta pelea! Esta guerra nos devorará á todos. Austria no quiere la paz; justamente he de caer yo porque la deseo. ¿Qué importa á Austria que una larga lucha acabe con el ejército, y devaste al mundo? Sólo intenta crecer siempre, y adquirir más territorio. ¿Os conmovéis?... En vuestros rasgos guerreros relampaguea una noble cólera. ¡Ojalá que mi alma pueda animaros de nuevo y llevaros osados, como en otro tiempo, á las bata-

llas. Anheláis ayudarme, anheláis defender mis derechos con las armas... ¡propósito generoso! Pero no penséis que lo habréis de conseguir, siendo tan pocos. En vano os sacrificaríais por vuestro General. (Con confianza.) ¡No! Caminemos seguros, busquemos amigos; los suecos prometen ayudarnos; dejad que nos sirvan en la apariencia, hasta que nosotros nos hagamos temibles; y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, demos al orbe, lleno de júbilo, desde nuestro mismo campamento, la paz coronada de oliva.

EL SUBALTERNO.—¿Sólo, pues, en apariencia andas en tratos con los suecos? ¿No te propones hacer traición al Emperador, ni pasarte á ellos? He aquí lo único, que pretendíamos saber de tí.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan á mí los suecos? Los detesto, como al infierno, y con la ayuda de Dios, espero arrojarlos pronto á la otra orilla del mar Báltico. Pero los necesito para ejecutar mi plan. ¡Mirad! Yo tengo también corazón, y me conduelo de los ayes de este pueblo alemán. Vosotros sois tan sólo soldados; pero pensad que valéis mucho para mí, que os distingo entre todos, para hablaros con franqueza sobre estas cuestiones... Recordad que la antorcha de la guerra arde hace quince años, y que la tranquilidad codiciada no ha llegado todavía. ¡Suecos y alemanes! ¡Papistas y luteranos! ¡Ninguno cede! ¡Los unos están contra los otros! Todos son partes, ninguno juez. Decidme, ¿cómo acabará esto? ¿Quién podrá desenredar este nudo, que se complica sin cesar?... Es menester cortarlo. Sí; conozco que soy el hombre, á quien la suerte ha predestinado para lograrla, y espero hacerlo con vuestro auxilio.

ESCENA XVI.

Los MISMOS y BUTLER.

BUTLER. (Con calor.)—¡No está bien eso, mi General!

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—Nos perjudicará con los adictos á nuestra causa.

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué?

BUTLER.—Equivale á declararse públicamente en rebelión.

WALLENSTEIN.—Pero otra vez, ¿qué sucede?

BUTLER.—El regimiento del Conde Terzky se arranca las águilas de sus banderas, y pone en su lugar vuestras armas.

EL SUBALTERNO. (A los Coraceros.)—¡Media vuelta á la derecha!

WALLENSTEIN.—¡Maldita idea, y más maldito aún el que la ha sugerido! (A los Coraceros, que se disponen á marchar.) ¡Deteneos, hijos míos!... ¡Es un error!... ¡oidme!... Y yo lo castigaré con el mayor rigor... ¡Escuchadme, sin embargo! ¡Quedaos aquí! Nada oyen. (A Illo.) Vete tras ellos, convénceles, tráelos de nuevo, cueste lo que cueste. (Vase Illo apresuradamente.) ¡Esto nos pierdes!... ¡Butler, Butler! ¡Sois mi mal ángel! ¿Por qué decirlo así delante de ellos?... Todo iba bien... estaban ya casi convencidos... ¡Los locos, con su celo imprudente!... La fortuna cruel se burla de mí. Me hace sucumbir, no el odio de mis enemigos, sino el celo de mis amigos

ESCENA XVII.

Los MISMOS.—LA DUQUESA, que entra precipitadamente en la habitación, seguida de TECLA y de LA CONDESA.

LA DUQUESA.—¡Oh Alberto! ¿Qué has hecho?

WALLENSTEIN.—Esto faltaba.

LA CONDESA.—¡Perdóname, hermano! No pude más. Todo lo sabe.

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho?

LA CONDESA. (A Terzky.)—¿No hay ya remedio? ¿Todo se ha perdido?

TERZKY.—Todo. Praga está en poder de los partidarios del Emperador, y las tropas le han renovado su obediencia.

LA CONDESA.—¡Pérfido Octavio!... ¿También ha desaparecido el Conde Maximiliano?

TERZKY.—¿En dónde podrá estar? Con su padre se habrá pasado al Emperador. (Tecla cae en los brazos de su madre, y oculta el rostro en su seno.)

LA DUDUESA. (Estrechándola en sus brazos.)—¡Desdichada hija! ¡Madre, aún más desdichada!

WALLENSTEIN. (Aparte á Terzky.) Prepara pronto en el patio último un carruaje para llevarlas. (Señalando á las mujeres.) Scherfenberg puede acompañarlas; nos es adicto, y las dejará en Egra, á donde les seguiremos. (A Illo, que vuelve.) ¿No lo traes?

ILLO.—¿No oyes á los amotinados? Todo el cuerpo de Pappenheim está en abierta rebelión. Piden que se les devuelva á Maximiliano, su coronel, porque dicen que está aquí en el castillo, que tú lo retienes por la fuerza, y que, si no lo sueltas, lo libentarán con sus espadas.

(Todos se quedan atónitos.)

TERZKY.—¿Qué hacer?

WALLESTEIN.—¿No lo decía yo? ¡Oh corazón mío leal! Está aquí todavía. No me ha hecho traición, no ha podido hacérmela... Nunca he dudado de él.

LA CONDESA.—¡Oh! ¡Si está aquí todavía, todo va bien, porque yo sé lo que lo retendrá perpetuamente! (Abrazando á Tecla.)

TERZKY.—No puede ser. Reflexionad que su padre nos la vendido, y pasádose al Emperador; ¿cómo se aventurará el hijo á quedarse aquí?

ILLO. (A Wallenstein.)—Pocas horas hace que lo ví llevar por la plaza el tren de caza, que le regalaste recientemente.

LA CONDESA.—¡Oh sobrina mía! Entonces no está lejos.

TECLA. (Que mira hacia la puerta.)—¡Vedlo ahí!

ESCENA XVIII

LOS MISMOS y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Adelantándose hasta el centro de la escena.)—
¡Si, sí; aquí está! No puedo ya dar vueltas alrededor de esta casa furtivamente, y acechar la ocasión favorable... ¡Esta incertidumbre, esta angustia son superiores á mis fuerzas! (Dirigiéndose á Tecla, que se ha arrojado en los brazos de su madre.) ¡Mirame! ¡No apartes de mí tus ojos, ángel divino! Confíesalo libremente delante de todos. A nadie temas. Sepan todos que nos amamos. ¿A qué ocultarlo? El misterio es para los afortunados; la desdicha sin esperanza no usa disfraz alguno, y puede mostrarse á la faz de millares de soles. (Observa á la Condesa, que mira á Tecla con alegría.) ¡No, tía Terzky, nada espero ni nada me sonrío;

no vengo para quedarme aquí, vengo sólo á despedirme... ¡No hay remedio! Yo debo, yo debo, oh Tecla, abandonarte... yo lo debo. Pero no quiero llevar conmigo tu odio. Concédeme sólo una mirada de compasión; dí que no me aborreces. ¡Dimelo, Tecla! (Coge su mano, profundamente conmovido.) ¡Oh Dios, Dios mío! No puedo abandonar este lugar. Yo no puedo... no puedo soltar esta mano. Dime, Tecla, que me compadecees, que tú misma estás convencida de que no puedo obrar sino como lo hago. (Tecla, esquivando sus miradas, señala con la mano á su padre; él se vuelve hacia el Duque, á quien ve entonces.) ¿Tú aquí?... No es á tí, á quien yo busco. Mis ojos no debían verte más. Sólo á ella me dirijo. Sólo esperaba que su corazón me declarase libre, puesto que nada me importan los demás.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú que yo seré bastante loco para dejarte marchar, y que representaré contigo una farsa de generosidad? Tu padre ha sido un pérfido, y tú no eres ya más que su hijo, y no en vano has caído en mi poder. No imagines que he de tener en cuenta nuestra antigua amistad, hollada por él tan indignamente. Los tiempos de dulces afectos pasaron ya, los de las consideraciones y deferencias, y ahora reinan tan sólo el odio y la sed de venganza. Yo puedo ser tan inhumano como él.

MAXIMILIANO.—Puedes tratarme como te plazca. Bien sabes, sin embargo, que ni me burlo de tu ira, ni la temo. El lazo que aquí me detiene, ¿sabes cuál es? (Cogiendo la mano de Tecla.) ¡Escúchame! ¡Todo, todo quería yo debértelo agradecido! Yo quería recibir mi ventura de tu mano paternal. Tú la has destruido, aunque poco te importe. Indiferente huellas en el polvo la ventura de los tuyos, porque el Dios, á quien tú adoras, no es el Dios de la gracia. Comó á elemento desenfrenado, ciego y formidable, sigues tú tan sólo el impulso feroz de tu corazón. ¡Ay de los que en tí confiaron! ¡ay de los que te eligieron por ci-